

DÉCIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Llega un momento en la recuperación en que nos damos cuenta de que el cambio necesita más que sólo buenas intenciones. Puede ser que hayamos experimentado momentos de claridad o incluso el fuerte deseo de vivir de forma diferente, pero se necesita algo más profundo. La recuperación nos pide que no solo veamos el problema, sino que renunciemos a nuestra forma de vivir y comencemos otra vez con nuevas condiciones.

En la segunda lectura de este domingo, San Pablo presenta una imagen poderosa de esta transformación (Romanos 6:3-11):

Todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a su muerte. En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

El Bautismo no es simplemente algo que ocurrió en el pasado. Representa una invitación continua a dejar atrás la vieja forma de vivir y dar un paso hacia algo nuevo.

En la recuperación, este cambio se asemeja mucho al Paso Uno. Admitimos que éramos impotentes ante nuestra adicción, compulsión o apego poco sano y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables. Esta confesión no es solo sobre un comportamiento. Profundiza en cómo hemos intentado controlar, manejar y dirigir nuestras vidas según nuestra propia voluntad.

Para muchos de nosotros, darnos cuenta de esto no es sencillo. Puede ser que hayamos pasado años intentando convencernos de que las cosas estaban bajo control o de que podíamos solucionar el problema por nuestra propia cuenta. Incluso cuando las consecuencias fueron evidentes, puede ser que hayamos seguido confiando en nuestra propia forma de pensar. El Paso Uno interrumpe ese patrón. Nos lleva a un lugar donde está presente la honestidad y donde ya no podemos negar la realidad.

Ese cambio puede percibirse como una especie de pérdida. Soltar el control puede resultar incierto e incómodo. Sin embargo, es ahí donde comienza la nueva vida. Cuando dejamos de intentar manejarlo todo nosotros mismos, hacemos espacio para que Dios actúe. Lo que antes parecía una derrota, se convierte ahora en el punto de partida de la transformación.

San Pablo continúa diciendo: *“Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya nunca morirá. La muerte ya no tiene dominio sobre él.”* Esta es la esperanza que yace en el centro de la recuperación. Los patrones que antes dominaban nuestras vidas ya no tienen la última palabra. Por medio de Cristo, algo nuevo es posible.

El Evangelio también aborda este momento crucial de una manera diferente (Mateo 10:37-42). Jesús les dice a sus discípulos que seguirlo exige ponerlo a Él por encima de todo. Esto no es un llamado a rechazar a otros, sino una invitación a reordenar nuestras prioridades. Al buscar una nueva forma de vida, esto a menudo significa reconocer que no podemos aferrarnos a nuestra antigua forma de vida y a nuestro deseo de libertad al mismo tiempo. Algo debe cambiar.

En la práctica, este cambio se va presentando de formas sencillas pero significativas. Empezamos a decir la verdad sobre nuestra situación. Buscamos a otros en lugar de aislarnos. Tenemos la disposición de seguir una orientación en lugar de depender solamente de nuestro propio entendimiento. Estas acciones pueden parecer pequeñas, pero representan un cambio fundamental.

Este proceso también nos invita a tener humildad. Comenzamos a aceptar que no tenemos todas las respuestas y que necesitamos ayuda. Esto puede ser difícil, especialmente si estamos acostumbrados a depender de nosotros mismos. Sin embargo, es a través de esta humildad que empezamos a crecer.

La recuperación no consiste en hacerlo todo bien. Se trata de avanzar en una nueva dirección. Puede ser que aún tengamos dificultades, pero ya no tenemos que seguir atrapados. Cada día ofrece otra oportunidad para practicar la entrega y dar un paso adelante.

A medida que continuamos en este camino, recordamos que la nueva vida no es algo que logramos por nuestra cuenta. Es algo que recibimos. Cuando tenemos la disposición de dejar atrás nuestras viejas costumbres y confiar en Dios sobre lo que pasará en el futuro, empezamos a experimentar la libertad que antes parecía inalcanzable.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has vivido el tipo de aceptación descrita en el Primer Paso, y qué cosas la facilitaron o complicaron en ese momento?
- ¿Cómo detectas hoy en día, la “vieja forma de vivir” que surge en tus pensamientos, decisiones o comportamientos?
- ¿Cómo entiendes, de forma práctica, el “llevar una vida nueva” que Dios te ofrece ahora mismo?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 2 Reyes 4:8-11, 14-16a

SAL. RESP. Salmo 89:2-3, 16-17, 18-19

SEGUNDA LECTURA Romanos 6:3-4, 8-11

EVANGELIO Mateo 10:37-42